



UN BALANCE SIN PASIVO.

**LO QUE SE VE Y LO QUE NO SE VE EN LAS MEMORIAS
DE CABRERA.**

POR ENRÍQUE GONZALEZ MARTÍNEZ.

Como actor y consejero en la política de Carranza, Luis Cabrera se ha entregado a la tarea de hacer una defensa minuciosa del régimen desaparecido, y como a últimas fechas parece que los nervios se le han serenado, es fácil notar, en los más recientes capítulos de su defensa, la aparente lógica expositiva de este diestro engañador de multitudes.

El balance del carrancismo que Cabrera quiere formar, tiene un grave defecto: carece de PASIVO. En el “activo”, hay partidas falsas, abundan las apócrifas, y en otras suele verse la raspadura que las altera. Por allí ha pasado el filo de la navaja y el frote del borrador, y no hay necesidad de una perspicacia fuera de lo común para notar el fraude. Pero suponiendo irreprochable lo que Blas Urrea abona a la dictadura de Carranza, todo el mundo advierte que es preciso tomar en consideración aquello sobre lo que guarda silencio. Y como, en final de cuentas, Cabrera finge el propósito de explicarnos

por qué cayó la administración carrancista, le diremos que las principales causas de tal caída están no en lo que él dice, sino en lo que maliciosamente calla.

Una defensa así, unilateral y que deja en el tintero lo que importa esconder a las miradas de la crítica, es fácil empresa, aún para los que no tienen el alma soñística del ex-ministro de Hacienda. La dictadura del General Díaz contra la cual se levantó la revolución de Madero, tiene más fases defendibles que la de Carranza, si se guarda adrede silencio sobre los puntos capitales que desencadenaron en contra de aquel régimen las iras de la nación.

Un defensor interesado del porfirismo, nos hablaría de su política hacendaria que niveló los presupuestos, que logró más tarde cuantioso "superávit", que hizo la conversión de la deuda pública, que obtuvo el "control" de los ferrocarriles y que levantó muy alto el crédito nacional; hablaría de la afluencia del capital extranjero y de la decorosa participación de México en el concierto de las naciones; recordaría la extinción del bandidaje y la seguridad absoluta para los intereses; recordaría el largo período de paz; hablaría de las grandes mejoras materiales, de las obras del Puerto de Veracruz y de las obras del Desagüe; traería a cuenta el auge de nuestra red ferroviaria, de nuestro servicio postal y telegráfico y de nuestra prosperidad comercial. Y luego preguntaría hipócritamente cómo la ingratitud de un pueblo pudo acabar con un régimen de riqueza y de paz. Pero, en el fondo de su lamentación engañosa, sabría este defensor de mala fe que la dictadura del General Díaz cayó, no por los antecedentes gloriosos del soldado de

la Intervención, ni por la vida irreprochable del gobernante, ni por la paz que implantó, ni por la riqueza pública, ni por las mejoras materiales, ni por el crédito. El porfirismo se derrumbó porque en medio de aquella prosperidad material y de aquella paz inalterable, reinaba la injusticia; porque aquella opulencia del gobierno nada había hecho en bien de las clases menesterosas: porque la Ley Fuga era una burla a las garantías individuales; porque la paz era la muerte del espíritu público; porque al mismo tiempo que las arcas nacionales se llenaban, se enriquecían los favoritos; porque se había matado la libertad y se subordinaba todo por medio de imposiciones sucesivas, al poder perpetuo de un grupo de hombres insaciables de mando.

Nosotros hallamos muy pocas cosas que defender en la política militar, en la política internacional, en la gestión hacendaria y en la política interior del carrancismo. Pero Cabrera sabe muy bien, por más que finja ignorarlo, que el gobierno de Carranza no se derrumbó por el asunto del petróleo, ni por la cuestión del cónsul Jenkins, ni por la relativa libertad concedida a la prensa, ni por alguna cosa más que pudiéramos escribir en el "activo" del carrancismo. Este se derrumbó por haber faltado a todas las promesas revolucionarias; por haber establecido la corrupción como sistema y haber implantado el reinado de los favoritos; por haber permitido el más escandaloso saqueo del tesoro público que registra nuestra historia; por haber practicado la complicidad del crimen como un medio de mantener en cierto grupo una fidelidad incondicional; por haber premiado la traición; por

haber asesinado; por haber mantenido en el destierro a los que no cargaban sobre su conciencia sino faltas políticas, mientras la humillación y la bajeza les abrían la puerta del país a los más culpables; y, por último, por haber fraguado la más odiosa imposición en los momentos precisos en que el país quería llevar al poder a un candidato popular por medio de una elección libre.

Estas son algunas de las partidas de ese PASIVO que don Luis Cabrera olvida en su balance. Hay muchas más, y no tienen, como las de su ACTIVO, enmiendas, borrones ni raspaduras.

“El Heraldo de México”, junio 9 de 1920.